

—(Y aquí me vino el deseo de escribir un retruécano intencionado: Novelli hizo la casa de Goldoni, un alto é irrealizable sueño de Arte, ¿verdad, caro Novelli?) —Y es que el artista encuentra en el inmortal comediógrafo italiano, campo inmenso para sus arqueologías psicológicas y para sus interpretaciones que tienen por nervio la verdad.

Cuando Shakespeare, en sus comedias y en sus semi-dramas (esta última es clasificación del autor de la Historia de la Literatura inglesa), presenta una oportunidad al actor italiano, para asimilarse un tipo en consonancia con sus facultades, entonces se produce en la escena una obra maestra de interpretación como el *Shylock*.

Y el mismo que obra este prodigio de resurrección shakespeariana en el teatro latino, baja, de tarde en tarde, á los vericuetos de la farsa. Y allí no hace como en el drama, bordaduras, ni como en la comedia, miniaturas; allí hace caricaturas desbordantes de intención y de ingenio.

*
* *

—¿Y la voz?— me preguntó en el teatro uno de esos críticos furibundos é incomprendidos que no están conformes con el



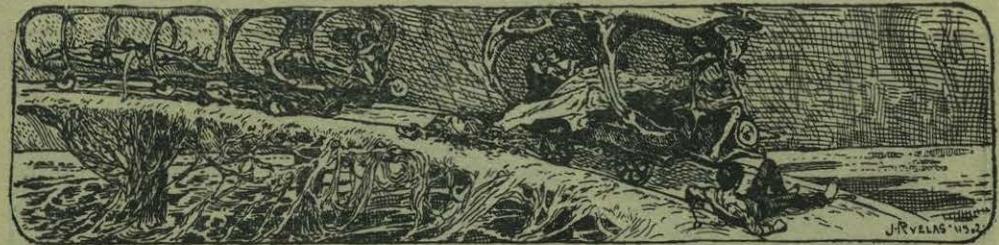
mundo, por el simple hecho de que nadie les hace caso—¿y la voz?

—Amigo mío, convengo. La voz de Novelli es defectuosa. No está bien timbrada, no, señor. Es robusta, pero suele ser opaca. Sin embargo, él sabe manejarla con una discreción llena de talento. Y, le diré á usted, en los *asaltos*, admiro más que el arma, al esgrimidor. Tal vez otro que no fuera Novelli no hiciera nada con esa voz: él lo hace todo. Y luego una dicción tan clara, una pronunciación tan correcta, una emisión tan fácil. . . .

—¡Bah! pero siempre es el mismo. . . .

—¿El mismo Novelli? No, señor; usted lo ve el mismo porque quiere; ó porque no puede verlo de otro modo. Si usted no entra en la acción dramática, si usted no se interesa, si usted no va al teatro á pensar un poco y á sentir un mucho, si usted no se funde en la emoción colectiva, si es usted un indiferente, un incommovible, un. . . entonces tiene usted razón: Novelli es siempre el mismo. ¡Y usted también!

Luis Martínez



EN ALTA NOCHE

¡Señor, Señor! Los mares de la idea
tienen también sus rudas tempestades;
mi espíritu en la sombra titubea
como Pedro en el mar de Tiberiades.

Hierven las aguas en que yo navego,
mi pobre esquife á perecer avanza. . . .
Tú, que la luz le devolviste al ciego,
devuélvela á mi fe y á mi esperanza.

Surge, surge, Jesús, porque la vida
ágil se escapa de mis brazos flojos;
y el alma sin calor, desfallecida,
muy lentamente cierra ya los ojos.

Aparece en la inmensa noche oscura;
las conciencias te llaman. . . . están solas,
y pasa con tu blanca vestidura
serenando el tumulto de las olas.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

(Duque Job).

Ya he explorado todas las rutas y he examinado todos los cielos. Sé de teбайдas arenosas y de asfaltadas ciudades. Sé de lagos tranquilos y de iracundos océanos. Recios tifones han azotado mi barca y han oreado mi frente brisas y bóreas. La esfinge sabe bien de mi melena. Los cuatro vientos conocen la huella de mis sandalias.

Gusté el brebaje de los gnósticos, los panales de los teologistas, el vino generoso de Kant y el veneno agradable de Pirrón.

Viví la vida batalladora de Brahma, la poética de Osiris, la estupenda de Sommonakhodom, la estrepitosa de Júpiter y la amorosa de Jesús. . . .

Y, oh, hermana, dulce hermana, bajo todos los cielos y bajo todos los templos, á la luz de los cirios y á la luz de los ideales, ha picoteado en mi cerebro perennemente, y perennemente ha aleteado en mi espíritu, Merops, el ave Merops, ave trágica y negra, emblema de nuestro siglo; alma de las quimeras desaparecidas, de las ilusiones muertas, de los misterios profanados por las verdades de la ciencia, y alma también de la poesía que se va, y del ensueño que nos deja.

Y así voy errando, errando, de superstición en superstición, y de mito en mito; erigiendo capillas efímeras, y urdiendo hipótesis frágiles, que mi hambre de verdad devora luego como Ugolino devoró á sus hijos. Y así voy errando, errando, con la conciencia agonizante; con el ideal hecho pedazos bajo el duro martillo de Strindberg; dudando de mi propia duda; aturdiendo con el desplome de todas mis ideas; siempre agobiado y siempre perseguido por la palabra tenebrosa, por la palabra terrible, abismo de todos los abismos y sombra de todas las sombras: NIHIL, ¡NIHIL! cinco letras que son cinco fantasmas; cinco letras que son cinco blasfemias;

que todo lo arrebatan y nos arrancan todo, que todo lo destruyen como cinco puñales formidables. NIHIL, NIHIL, palabra que silba como la vibora del mal; palabra en que se quejan y sollozan todas las esperanzas de la tierra; palabra que anuncia aniquilamientos eternos, y á través de la cual marea el vacío y se miran relampaguear las pupilas fosfóreas de la locura!

Y paso, Hermana, junto á ti, con el dolor de mi dudar y la tristeza de mi infinito desencanto.

Bienaventurada tú, que candorosa y pia, sólo te acuerdas de los hombres para rezar por ellos y para consolar á los que sufren. Bienaventurada tú, que has una fe y que has una creencia. Bienaventurada tú, que sólo tienes por cilicio el que aprieta las venialidades de tu carne de escrupulosa ingenua; tú que ignoras la sed de todas las fiebres profanas, la sal de todos los llantos rabiosos, los vinagres de todas las dudas y los acíbares de todas las desesperaciones.

¡Oh incomparable! ¡oh buena! ¡oh triunfadora de la carne, inmoladora de la malicia, criatura de poema, rosario de bondades, rosal de rosas blancas encantadoras y encantadas; se te adivinan las alas, se presiente tu nimbo; santa y bella como Lhamoghlinprul, como Kiang-yuen, como María, y como ellas digna de que se albergue un Dios en tus entrañas!

Bien conozco tu vida y tu leyenda. Me la contaron los pobres que saben de tus consuelos. Me la repiten tus ojos que saben mucho de tu alma. Bien sé que estás consumida por el rezo, las vigiliass y el ayuno. Bien sé que hablas con tu Dios cuando en el templo deshojas las flores de tu plegaria y cuando laboras en el obrador tus filigranas de hilo y riegas en la malla del encaje, primaveras enfermas de albura, ateridas de blanco, primaveras invernales de flora nevada, sin perfume y sin

color. Y te amo, Hermana, te amo, Santa, por incorruptible y piadosa, por misteriosa y enferma, con el amor que todos tenemos á lo que es bien y consuela, á lo que es bello y conmueve y á lo que pronto se nos va.

Pues oh florecita de sombra, florecita de altar, diáfano lirio de convento, como los cisnes blanca y como ellos distinguida; mientras tus ojos elevan miradas que se alargan y se alargan hasta llegar al cielo, y el cielo baja hasta tus ojos y pone un beso azul en tus ojeras, oigo la tos, la vagatosa inquietante que glosa tus plegarias con sus ecos de desplomes interiores, y miro tu cara de palideces opacas y de pómulos erubescuentes donde la tisis ha encendido ya carmines que anuncian el crepúsculo de tu vida. Afuera canta el aire baladas presagiosas; los árboles amarillean y las hojas empiezan á caer. Se anuncia el otoño, ¡el otoño! los labriegos aprestan sus guadañas y los sepultureros cavan muchas fosas. Te irás muy pronto, dulce hermana; tus hábitos tienen ya pavorosos repliegues de sudario y la armiñada corneta que se en-

curva sobre tu cabeza, como dos floripondios extendidos, parece una ave que se prepara al vuelo. Este invierno los pobres quedarán más solos y el *beguinage* más triste. Te irás muy pronto, ¡muy pronto! Y pienso que acaso tú eres la fe, la misma fe de los hombres que desde ha tiempo agoniza, que ya se acaba, que ya se va, que se irá en breve, pues que también el otoño va descolgando los nidos y va arrancando las hojas del gran árbol de todos los ensueños, y pues que también la humanidad arrastra un organismo convulso, hueco de todas las filosofías y cavernoso de todos los escepticismos. . . . ¡Oh florecita de sombra, florecita de altar, diáfano lirio de convento, como los cisnes blanca y como ellos distinguida; ya viene el otoño, ¡el otoño! los labriegos aprestan sus guadañas y los sepultureros cavan muchas fosas.

¡Y paso, Hermana, junto á ti, con el dolor de mi dudar y la tristeza de mi infinito desencanto!

Beguinage de Brujas. 1906.

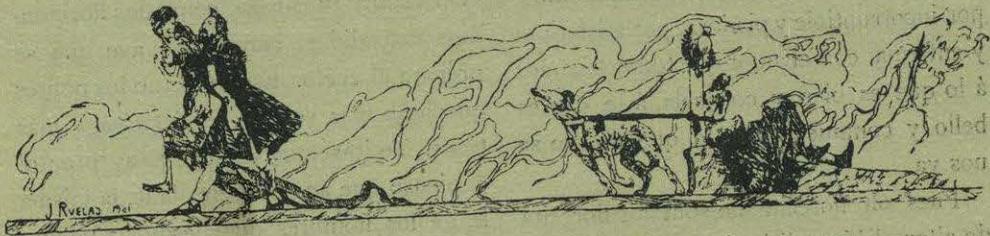
ALFONSO CRAVIOTO.

“LA REVISTA AZUL”

Por gracejada, no gracia, de Monaguillo, este antiguo periódico, ¡oh manes del Duque Job! ha caído, no en manos, en garras de Manuel Caballero, pseudo poeta y literato cursi, el cual anunció su reaparición, ofreciendo sus columnas á los viejos redactores que aún sobreviven y á los jóvenes que comienzan, siempre que no

modernicen, y aun en este caso, pues por delante va el lucro.

No volveremos á ocuparnos de esto, haciéndolo en esta vez únicamente por manifestar nuestro disgusto. ¡Buen caballero está el actual editor para la gentil dama del insigne Duque!



EL PEREGRINO

(De Eugenio de Castro)

El espacio se inflama
con los rojos fulgores del Poniente.
Triste, sentado sobre vieja puente,
un caballero exclama:

—Inés, Arminda, Lidya, todas iguales fueron,
ya rubias ó morenas, castas ó lujuriosas.
Gusanos son mis días, y en vano ser quisieron
doradas mariposas.

Hastíome el mismo beso en labios desiguales.
Del dolor en mi rostro la palidez aun veo....
¡Oh, bocas insaciables! ¡Oh, brazos sensuales,
matar no habéis podido la sed de mi deseo!

El alma traigo envuelta en una oscura túnica
que el cansancio ha tejido con sus tonos más tristes.
¿Donde estás tú, si existes,
¡Oh mi amada! la Unica?

¿Debo esperar que llegues? ¿Debo darte al olvido
ó perseguirte en vano será mi afán constante?
Respóndele á tu amante:
—Dime, ¿vives? ¿has muerto, ó acaso no has nacido?

No pasa una doncella
—orgullosa princesa ó pálida mendiga—
sin que mi triste corazón no diga,
al sentirla pasar:—¿Si será ella?

Pensé, mirando, un día,
una niña que daba á una anciana la mano.
—Tal vez alguna de ellas será la amada mía....
¿He venido muy tarde ó llegué muy temprano?

Inútilmente en perseguirla insisto....
Su florido jardín jamás he hallado....
Tal vez habrá pasado
sin que yo la haya visto....

Mas lo que me aflige, al no encontrarte,
es el pensar, ¡oh misteriosa amada!
que vives prisionera y desgraciada
sin que yo pueda ir á consolarte.

Hace tiempo murió la Primavera....
Al Otoño el Estío va marchando;
y mientras yo en su busca voy llorando,
acaso ella también, llorando, espera.

Siempre habré de buscarla como un loco,
despreciando la voz que en la enlutada
noche irónica grita: «¡Tu adorada
no murió, no ha nacido ni nacerá tampoco!»

.....

En el fondo del puente surge una hermosa dama
con los largos cabellos de oro sueltos al viento.
Su voz pálida rosa dulce exclama:
—«¡Yo soy la fuente eterna que buscabas, sedientol!»

El feliz caballero parte ansioso. En la puente
hay oculto un abismo traicionero....
Caballo y caballero
rodaron al torrente....

Un rojo mar de llamas incendiaba el Poniente.
Sangre del caballero el agua enrojecía....
Y la dama, impasible, en el fondo del puente
lasciva y enigmatica, reía....

FRANCISCO VILLAESPESA.



LA HERMANA MAGDALENA

Entre mis visiones del hospital, yo conservo la de esta buena y bella hermana, cuyo dulce rostro, de frescas mejillas y ojos azules, se completa en mi imaginación con el nimbo de una espléndida cabellera de oro. La mirada de mis ojos era sensual, á pesar de la fiebre, y advirtió bien pronto los encantos profanos de la hermana Magdalena. Tenía esta hermana una alegría tranquila, reposada y serena: una alegría de bienaventuranza que animaba su voz, su mirada y su sonrisa. Era muy joven, y en su misticismo no habían colaborado los desengaños del mundo. Gustaba de ir al jardín, donde cogía flores para llevárselas al Cristo en ofrenda de amor; al mirar la divina cabeza engalanada de rosas, podría decirse que la corona de espinas había florecido bajo las manos blancas, ideales y delicadas de la hermana Magdalena.

La hermana Magdalena era la alegría del hospital. Solía sentarse junto á los lechos de los enfermos, y allí, su conversación ha endulzado muchas agonías y avivado muchas convalecencias. Si alguna boca se abría para la maldición, la hermana Magdalena la tapaba con su mano eucarística. Por obra de esta hermana bonda-

dosa y amable, muchas almas pecadoras han debido ir al cielo, purificadas en su hora postrera. La imagen del Cristo adquiriría á los ojos de la impiedad un prestigio infalible sobre el pecho casto y palpitante de la buena, de la bella hermana.

Todos los domingos, desde el amanecer, las campanas de la iglesia del hospital llamaban á misa. Muchos enfermos se levantaban y comenzaban á vestirse para oír el oficio divino, pero no faltaban hombres de espíritu volteriano que permanecían en sus lechos leyendo *El Motín ó Las Dominicales*. La hermana Magdalena recorría entonces los diversos pabellones del hospital, y, si había oídos sordos para la lengua de bronce de las campanas, no los había para aquella dulce y suplicante voz de mujer. Apenas comenzada la misa, la hermana Magdalena se presentaba en la iglesia con su piara de cerdos epicúreos, como una pastora de antiguas y bellas mitologías.

El mayor encanto lo tenía la hermana Magdalena en los ojos: sus ojos azules, claros y transparentes, cuyas pupilas se perdían bajo los párpados en los momentos de éxtasis divino. Estos ojos llevaban á todos miradas de alegría y de consuelo, y allí, donde la tristeza es para cada pa-

ciente una segunda enfermedad, las dulces miradas de la hermana ejercían una santa acción terapéutica. En los ojos de las otras hermanas había un tedio perenne, un gran desprecio por las cosas del mundo. No así en los de la hermana Magdalena, que se ensimismaban mirando las flores y viendo al Cristo, cubierto por ellas, bajo una divina apariencia de hermosura. La hermana Magdalena no parecía sentir el dolor de las espinas sobre este áspero sendero del mundo. Sabía que la vida es un tránsito, pero no por eso la encontraba desagradable. Disfrutaba de un misticismo optimista y jovial, todo amor para los santos, para los hombres y para las cosas.

Yo he tenido á la hermana Magdalena sentada junto á mí, y he visto cómo subía y bajaba el crucifijo pendiente de su cuello según las palpitaciones de aquel pecho, cuya pompa oprimían en vano los rígidos vestidos religiosos. La hermana Magdalena me informaba de todo lo que ocurría en el hospital, y me prodigaba frases de consuelo para mi dolor. Entonces pude apreciar el tesoro de ternura que había en aquella alma inocente. Cuando la hermana Magdalena se marchaba, una amarga tristeza se apoderaba de mí; yo me decía entonces: «estoy triste porque estoy solo.» Y era cierto; pero aquel mal de soledad que me affigia, no lo curaba ninguna conversación, como no fuese la de la hermana Magdalena.

Esta hermana era buena y era bella, y los enfermos la queríamos tanto por su belleza como por su bondad. La severa disciplina de la orden había ocultado sus mayores encantos bajo el luto austero del vestido; pero un demonio maligno y pica-

resco nos la representaba imaginativamente, según los figurines que, durante el día, habíamos visto en los periódicos ilustrados. Aquel maldito demonio nos visitaba á todos, y nosotros le recibíamos á falta de mejor compañía. Era un demonio taimado que no nos dejaba dormir, y nos hablaba de la vida alegre, del buen vino y de las mujeres hermosas.

¡Pobre hermana Magdalena! Yo me estremezco al recordar los pensamientos impíos que me ha sugerido su blonda y cándida figura. Un día me pidió un ramo de rosas que yo tenía sobre mi mesa para ponerlo á los pies de la virgen. Aquellas rosas fueron las rosas de un sacrilegio silencioso, refinado y cruel. «He tenido un sueño maldito —le dije luego á la hermana Magdalena.» — Y la hermana Magdalena me contestó: «Rece usted el padre nuestro.»

La hermana Magdalena era demasiado hermosa para enseñarnos un santo ascetismo. Sus labios, rojos y frescos, parecían desmentir aquellas mismas palabras que pronunciaban. Oyéndola, había un encanto perverso en observar cómo el tono de la voz era dulce y la intención amistosa. La hermana Magdalena ignoraba esto y su alma inocente no podrá figurárselo jamás.

Cuando abandoné el Hospital, la hermana Magdalena me despidió con buenos consejos:

—Piense usted mucho en la otra vida. Acuérdesese usted de mis palabras....

Yo le pedí permiso y deposité un beso profano sobre su mano blanca, santa y casta.

JULIO CAMBA.



VAGUEDADES

A Rubén M. Campos.

A veces sufro tanto!

A veces tanto sufro,

Que la vida me parece más inútil que un guiñapo

Y más triste que la cámara que impregnó de sí un difunto.

Dos pequeñas mariposas, al abandonar un álamo,

Se besan mucho, mucho,

Y fingen al separarse descendiendo, deshojado

Pensamiento que sopesan cefirillos errabundos.

Alma, mariposa compañera de la mía, ¿cuándo

Vendrás, y besándonos, mucho, mucho,

Bajaremos como triste pensamiento deshojado,

Pausadamente al sepulcro?

¿Hoy? ¿Mañana? ¡Nunca! Abandonado

Estoy en la existencia, como brusco

Peñón, que finge alforja extraña y negra que olvidado

Transeunte dejara en el camino solo y mudo.

Oh vida más inútil que guiñapo,

Y más triste que la cámara que impregnó de sí un difunto. . . .